

## En el sótano de Jorge Maldonado

La noche que murió mi amigo Jorge Maldonado me colé en el sótano de su casa con una botella de vino, una copa, una linterna y varios paquetes de tabaco. Quería pasar con él esa última madrugada, como habíamos pasado tantas otras, entre copa y copa con el ambiente recargado por la densidad del humo de los cigarrillos que no dejábamos de consumir mientras manteníamos conversaciones eternas. Bueno más que conversar lo que solía pasar era que él hablaba y yo escuchaba, de vez en cuando yo asentía y hacía el amago de iniciar una frase pero era difícil interrumpir a Jorge cuando empezaba a hablar. Abrí la botella intentado hacer el menor ruido posible para no despertar a la gente de la casa y llené la primera copa. Yo tenía la palabra y no tenía nada que decir. Miré a mi alrededor. La gente pretenciosa tiene grandes despachos en la parte central de la casa con ordenadas estanterías donde se almacenan perfectamente alienados libros que nunca han leído. Jorge Maldonado tenía su lugar de trabajo en el sótano de la casa donde se apilaban, desordenados, libros, herramientas y maderas, títeres e instrumentos musicales. Dirigí la linterna hacia una de las estanterías en busca de un libro que Jorge me había mostrado en una ocasión. Colgados de un pequeño gancho, un martillo, dos destornilladores y varios rollos de alambre fino se fusionaban con los lomos descoloridos de varios tomos dedicados al Islam, mostrando a la luz de mi linterna una imagen simbólica de mi amigo: destornilladores y libros, lápices y lijás, la palabra y el cincel, ambos construyen de diferente manera pero construyen. Y buscando ese libro recordé la historia de Valentín González Arallán, historia que él me contó una madrugada como esta. En aquel momento me hablaba, según creo recodar, de las multinacionales que

estaban robando el agua potable del Río de la Plata, de pronto sin venir a cuento se levantó y rebuscando entre los montones de recortes apilados en su escritorio encontró un trozo de papel amarillento manuscrito con una letra casi ilegible, y extendiéndolo hacía mí, me dijo: esto te va gustar.

Me habló entonces de un viaje que había realizado a la sierra de la Almirante en una época en la que andaba obsesionado con un libro de Vonnegut. Los momentos no se suceden si no que cada momento permanece. ¿No te parece maravilloso? me decía, interrumpiendo su narración para encender otro cigarro y continuar hablando de su viaje a la sierra malagueña y de un artesano que hacía cestos con juncos. A Jorge siempre le interesaban los trabajos realizados con las manos y cuya pericia se había transmitido de maestros a aprendices, y nunca se resistía a la tentación de charlar con las gentes más llanas de los lugares que visitaba. De modo que entabló cierta amistad con ese viejo artesano que mantuvo hasta el día de hoy. Y fue él quien le habló de Valentín González Arallán y unos meses más tarde se lo presentó.

Esta es su historia.

Valentín González Arallán, carpintero de profesión, tuvo a la edad de treinta y tres años una especie de revelación que le llevó a tener la segura certeza de la permanencia eterna de cada instante, a la certeza de que el valor de un instante no depende de los instantes que lo preceden o suceden, si no que cada momento por sí mismo permanece eternamente. Está es mi sabiduría, decía, no es cierto que el pasado pasado es. El pasado permanece, el olvido solo existe en nuestra mente. No recuerda ningún hecho traumático, ninguno que pudiera haber sido el origen de ésta revelación. Durante años se obsesionó con cada gesto realizado, pues sabía que cada momento permanecería como un fotograma

imposible de eliminar de una película. Cuando se reía se regocijaba en la carcajada y disfrutaba de placeres que sabía no tendrían fin. Pero a cada borrachera le sucedía una vomitona y le asqueaba pensar en que todas sus faltas, en que todos sus defectos, quedarían unidos por siempre a él. Su comportamiento comenzó a cambiar, obsesionado por la perfección de sus gestos se comportaba como un actor en continúa representación. Se cansó de fingir sonrisas que no sentía, de contener llantos que se le retorcían en el estómago, le atormentaba la permanencia eterna del dolor y se sentía incapacitado para leer periódicos o escuchar noticias en la radio, que siempre venían cargadas de tragedias y hechos irremediables. Si a la tendera se le caía una caja de fruta encima del pie el grito se grababa en su cerebro como si nunca pudiera volverlo a borrar. A veces, se sentaba en un banco del parque al lado de la zona infantil para que las risas de los niños impregnaran sus momentos, pero casi siempre había un llanto que lo emborronaba todo y entonces se levantaba malhumorado, con un mal humor que sabía duraría para siempre.

Lo pasó mal durante mucho tiempo. Antes vivía sin preocupación cada instante, disfrutando, sin la menor necesidad de trascendencia, de las pequeñas cosas cotidianas que su vida le deparaba. Un día creyó hallar la fórmula para acabar con su angustiada existencia de búsqueda de la perfección. He aquí su teoría, cada momento que sucede permanece en el momento que ha sucedido y permanece todas las veces que los pensemos y revivamos. Desde ese día Valentín González Arellana se dedicó a guardar sus momentos predilectos, a escribirlos y recopilarlos en fichas y a rememorarlos sentado en la terraza de su casa en un pueblo de la sierra de la Almirajara.

El papel amarillento que Jorge me mostró fue escrito por el propio Valentín González Arellán. Esa noche en la que bebía sólo por mi amigo, me levanté y rebusqué entre los papeles amontados en el escritorio de Jorge Maldonado, sin pensar que fuera a encontrar ese papel amarillento con la vacilante letra de González Arellana que un día me enseñara mi amigo. Lo encontré. Llené una copa más, tomé la nota entre mis manos y comencé a leerla.

"Estoy de niño en la casa del pueblo de mis abuelos paternos. Con cinco años recién cumplidos, estoy sentado en un pequeño banco de madera frente a un cubo al que he dado la vuelta, con un palo en cada mano aporreo el cubo y a grito pelado canturreo el estribillo de una canción que mi hermano mayor suele escuchar".

Comprendí el extraordinario regalo que le había realizado aquel hombre. Entonces me levante nuevamente, recogí de una estantería un lápiz de carpintero y con él comencé a escribir en el reverso del papel que acaba de leer.

"Es domingo y hago pereza, resistiéndome a levantarme de la cama. Suena el teléfono. Es Jorge Maldonado. Me invita a comer en su casa un asado, irán amigos de Argentina y de Madrid, no puedes faltar, amigo, me dice. Y, bueno, voy. Nos juntamos unas veinte personas. Es mi primer asado en casa de Jorge, no será el último. La tarde va pasando entre bandejas que se vacían de chorizos criollos, costillas, entraña, vacío y vino, mucho vino. Conversaciones de política se cruzan con otras sobre literatura. El sol se cuele entre las hojas de la higuera que hay en el jardín trasero, y sombras y luces corretean por el suelo movidas por una suave brisa. Empieza a hacer fresco y yo lo agradezco porque tanto vino se me ha subido a la cabeza y me siento acalorado. Me distraigo de la conversación que se convierte en un murmullo agradable a mi espalda. Salgo de

mi ensimismamiento cuando siento la mano de Jorge en mi hombro, me trae un libro que me dice tengo que leer porque es maravilloso, *Viaje de Invierno* de Wilhelm Müller, con los versos que había musicado en 1827 Franz Schubert."

Cuando terminé de escribir coloqué de nuevo el papel en la pila de recortes donde lo había encontrado.

La linterna empezó a parpadear, la botella estaba casi vacía. Deje el sótano de mi amigo Jorge Maldonado, sabiendo que no iba a ser la última madrugada que pasaríamos juntos con una botella de vino y nubes de tabaco confundiéndolo todo.